

CAPÍTULO DIEZ

EL INFIERNO NO FUE DESTINADO PARA NOSOTROS

Finalmente debemos regocijarnos porque el infierno nunca fue destinado para tí y para mí. Jesús dijo que fue “preparado para el diablo y sus ángeles” (Mateo 25:41). Si tropezamos para caer en ese fuego, será la torpeza más colosal que pudiéramos cometer. Tendrías que ir allí, sobre el cuerpo quebrantado de Jesucristo, y a pesar del amor del Padre, de los ruegos del Espíritu Santo, y la influencia celestial de un millón de ángeles. La pregunta más incontestable en todo el mundo es esta: “¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?” No hay respuesta porque no hay escape excepto a través de Cristo y su cruz.

Nadie se perderá porque pecó, porque todo el mundo ha pecado. Nadie será dejado fuera del cielo porque mintió, robó o cometió adulterio. La única razón por la cual cualquiera se perderá es porque rehúsa apartarse de su pecado y rehúsa los brazos de un amante Salvador, quien está listo a

perdonar y limpiar de toda injusticia. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).